



Una invitación a leer.
Presentación del libro de
Sara Leticia Molina
El cuerpo y el devenir de
las fuerzas en Nietzsche.

Editorial Biblos, Buenos Aires, 2017. ISBN
9789876915533

Marcela Becerra Batán (UNSL)

Una invitación a leer. Presentación del libro de
Sara Leticia Molina
El cuerpo y el devenir de las fuerzas en Nietzsche.

Lo que sigue no es una clásica reseña, sino más bien una invitación a leer un libro singular, uno de esos que resultan necesarios y urgentes para estos tiempos.

Tuve la oportunidad de acceder a una primera versión de este texto; se trataba entonces del escrito de la Tesis de Doctorado en Filosofía de Leticia, dirigida por Adriana Arpini, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en el año 2015, de la cual fui Jurado. Bastó que leyera las primeras líneas de aquel escrito para que advirtiera que tenía entre manos un texto potente, vivo y fecundo, escrito a partir de una singular experiencia de lectura y de una íntegra y madura incorporación del filosofar nietzscheano. No conocía demasiado a la autora, pero inmediatamente tuve la convicción de que se trataba de un texto escrito a partir de las complejas vicisitudes de una vida, de la propia vida de quien escribía.

Tras aquella lectura inicial del texto, que me atrapó de principio a fin, sentí algo peculiar: era como si se tratara de un texto a la vez de Nietzsche y de Leticia, en un continuum que fluía de uno a otro. Era el Nietzsche de Leticia, interpretado y recreado por ella; y a la vez, era la Leticia de Nietzsche, transformada a partir de su encuentro con él. Ambos entrelazándose, intentando el ejercicio filosófico desde distintas épocas, pero compartiendo una apuesta porfiada: con todo y a pesar de todo, la vida y su autosuperación.

A menudo, imagino hipotéticos encuentros con los filósofos que frecuento. Imaginé entonces cuánto bien le hubiera hecho al solitario e incomprendido Nietzsche contar con Leticia como amiga, interlocutora, compañera de camino en la aventura filosófica. Y asimismo, imaginé cuánto bien debe haberle hecho Nietzsche a Leticia. Intuyo que aquél ha sido la marca filosófica más decisiva en su devenir-filósofa, quien más ha contribuido en la maduración de su estilo propio.

En mi segunda lectura - ya se trataba de un libro, con el inestimable valor agregado de una cálida dedicatoria-, encontré algo más que -creo- caracteriza ese estilo. Distinguí un tono propio a lo largo de todo el texto, relativo al proceso y al resultado, a su concepción, maduración y a-parición. Ese tono está en algunas sentencias como ésta: "Procuramos practicar el ejercicio de rumiar los conceptos siguiendo la enseñanza de Nietzsche..." (p. 21). Seguir la enseñanza de Nietzsche no implicó para Leticia recurrir "objetivamente" a algunas de las técnicas de comentario escolares -o escolásticos- ya establecidas, sino más bien emprender el trabajo valorativo, crítico y reflexivo de intentar hacer propios no sólo los conceptos, sino también los símbolos y las metáforas elaboradas por Nietzsche, en el ejercicio de una acción propia del animal - artista: la acción de un rumiar paciente que poco a poco incorpora y transforma lo dado, que la llevó y la lleva a analizar, a analizar

lo analizado destacando otras aristas, a reflexionar implicándose en lo analizado, a sintetizar provisionalmente recorridos realizados y a volver a relanzar el juego del pensar, en un complejo “efecto de bucle” en el que se van configurando y modificando tanto los problemas como quien problematiza.

Otro rasgo distintivo de esta voz y tono propio: se trata de un texto transido de afectos. Lo que Leticia dice del discurso de Nietzsche, cabe decirlo del suyo propio: “Es un discurso pasional que no se separa del rigor intelectual” (p. 14).

La escritura expone un largo proceso de maduración de diversas fuentes, tanto de los textos nietzscheanos en lengua original, como de comentaristas de su obra con los que Leticia acuerda o disiente en determinados puntos. Resultan originales algunas distinciones y elección de traducciones, pues las mismas posibilitan lecturas más claras, matizadas, complejas de los textos de Nietzsche: conciencia y consciencia, “sí mismo” y “yo”, pulsión e instintos, entre otras. Asimismo, resulta estimulante el diálogo con otros “maestros de la sospecha” -críticos de la conciencia-: Marx y Freud, así como con herederos-recreadores de ambos legados... Como bien señala Leticia, ésta es una “Tarea nada fácil, pues cuando se profundiza el diálogo con uno de ellos, se acrecienta la distancia y la extrañeza que aleja a los otros...” (p. 22).

Lo mejor será retomar algunos fragmentos y expresiones claves de este libro, para invitar y tentar a que cada cual lo lea y ensaye con él, desde su propia perspectiva. Abundarán las citas – directas e indirectas-; las mismas buscan ser flechas que den en el blanco, palabras que produzcan efectos en y entre nosotros, que –como diría Bachelard- nos afecten en la forma de hondas repercusiones y de múltiples resonancias¹.

Como lo señalara Roig al referirse al a priori del filosofar, el interés del que aquí se parte - y al que siempre se vuelve-, es el interés antropológico.

¹ En La poética del espacio, Bachelard plantea las nociones de “repercusión” y de “resonancia”, que podrán dar cuenta respectivamente de la acción de las imágenes poéticas en una subjetividad y de su comunicación intersubjetiva. Mientras que las resonancias son múltiples y se refieren a las formas de recepción y de dispersión de una imagen poética, la repercusión en cambio se refiere a la apropiación de una imagen poética, que capta por entero a una subjetividad y que produce en ella “un cambio del ser”. Ambos fenómenos se relacionan, porque de la unidad de una repercusión salen las múltiples resonancias. Pero a diferencia de las resonancias, la repercusión tiene un carácter simple: una sola imagen de un poema basta para despertar el alma del lector y para movilizar el lenguaje. Por la repercusión, una imagen poética pasa a ser una expresión lingüística propia y pasa a transformar a una subjetividad en su ser: “(La imagen poética) Se convierte en un ser nuevo en nuestra lengua, nos expresa convirtiéndonos en lo que expresa, o dicho de otro modo, es a la vez un devenir de expresión y un devenir de nuestro ser. Aquí, la expresión crea ser” (PEs, p. 15). Lo que Bachelard afirma de textos poéticos, bien podemos decirlo de algunos textos filosóficos. En tal sentido, el texto de Leticia, ejemplo de ejercicio nietzscheano que transita entre las imágenes poéticas y los conceptos filosóficos, sin dudas podrá provocar repercusiones y resonancias en nosotros.

Pero a diferencia de la tradición platónico-agustiniana, para la cual el hombre es un alma que se sirve de un cuerpo, este trabajo parte de la tesis de inspiración nietzscheana de que “el ser humano es cuerpo” (p. 19) que construye un alma, en una confluencia o una “conjunción provisoria de fuerzas múltiples” (p. 19), en relación a otros, en una trama lingüística, cultural y socio-histórica. En torno al “cuerpo como hilo conductor”, el libro se despliega en dos partes: una primera, titulada “Algunos aspectos constitutivos de la vida humana como expresión de la diferencia interna de las fuerzas”; y una segunda parte, titulada: “Corporeidad e historicidad”.

Todo cuanto existe es “un imponderable quantum de fuerza en constante transformación”, es voluntad de poder. La noción de fuerza es entendida y extensamente explicada como acontecer de diferenciación: “hablamos de diferencia interna de la fuerza para explicar nuestra interpretación de la noción misma de fuerza” (p. 40). El intento de Nietzsche habría sido precisamente el de comprender la índole de las fuerzas en su movimiento, en sus relaciones polémicas, en los caminos “divergentes o fusionados, superpuestos o entrelazados” de la voluntad de poder.

En especial, el abordaje de las manifestaciones disímiles de la dupla mando/obediencia en las relaciones de dominio y en la acción emancipadora, que se dan a nivel natural, subjetivo y social (económico, político y cultural), nos muestran oposiciones en incesante devenir. Aunque el animal-hombre se muestra “proclive a la sumisión” -en razón de condiciones biológicas e históricas, además de la propia índole de las fuerzas-, puede en cambio darse una relación entre mando y obediencia que sea promotora de la vida. Ahora bien, siempre puede una mutar en la otra...

Pero el ser humano es también el animal artístico: “Nietzsche denomina animal artístico al ser humano, que como parte de esa naturaleza es un creador nato, imagina, fantasea, inventa, se engaña a sí mismo o a los otros (...) de ese modo se hace a sí mismo y puede hacer un mundo habitable” (p. 89), a partir de las potencias de lo apolíneo y lo dionisiaco.

Tanto las pulsiones como su forma histórica: los instintos, son inconscientes, se inscriben en el cuerpo y se imbrican en el devenir histórico. Como bien explica y fundamenta Leticia, “la noción de instinto incluye las creencias afianzadas, los prejuicios consolidados, la moral dominante, los principios valorativos impuestos como fundamento” (p. 105). Incluso la racionalidad dominante y “gran parte de la actividad consciente” es instintiva, y apunta a preservar poderes. Pero “lo dionisiaco, ligado a lo pulsional, imprime fuerza vital a las formaciones culturales (expresiones artísticas, organización social, sistemas económicos, instituciones, lenguaje y conciencia)”.

Leticia me hace pensar nuevamente que filósofos y filósofas necesitamos una y otra vez repasar las lecciones nietzscheanas en torno a la conciencia y su génesis, la constitución del yo -del que el tú forma parte-, la co-implicancia entre la conciencia y la vida pulsional. Leticia nos brinda luz acerca de aquella cita clave de los Fragmentos póstumos: “Todos nuestros motivos conscientes son fenómenos de la superficie, tras ellos está la lucha de nuestros impulsos y estados, la lucha por

el dominio" (FP). La conciencia es, pues, "el último eslabón de una cadena cuyos engarces no tienen cierres" (p. 120).

El capítulo "El ser humano, animal no fijado: tensión entre conservación y crecimiento de la vida" nos invita a recuperar, tras el platonismo, "la legitimidad de la contradicción". Una sola cita aquí, contundente: "Nietzsche asegura que el quantum de poder de la vida se mide por la cantidad de contradicción que puede soportar" (p. 127).

Nuevamente Leticia me hace pensar si hemos asumido cabalmente las críticas nietzscheanas a la moral del rebaño -moral del esclavo- y al darwinismo, como críticas que ponen en jaque los cimientos de la moral platónico-cristiana que atraviesa la Modernidad. Hoy urge insistir, como próxima al a priori antropológico propuesto por Roig, en la moral de señores o en el ser aristocrático, "cuya marca principal es el coraje" (p. 148), que se respeta, que acepta y enaltece tanto su cuerpo como su alma, que afirma la vida y crea valores, siempre en tensión y en guerra contra todo intento de nivelación debilitadora, con un amor fati que asume "lo irrecusable", "la complementariedad de la vida y la muerte, su co-implicancia".

Uno de los pasajes más bellos del libro resuena en mí como aquel Himno de mi corazón, cuando Miguel Abuelo canta: "nadie quiere dormirse aquí, algo puedo hacer..."- . Éste es ese pasaje: "Recuperar el valor del cuerpo significa también aceptar la finitud y enfrentarse con la cruda realidad de la propia muerte, pero también significaría despertar los sentidos adormecidos, recuperar el aprecio de sí y celebrar la vida en su efímera caducidad" (p. 278).

Se trata entonces de recuperar el valor de nuestros cuerpos, que registran las huellas de la historia que les ha tocado atravesar. Especialmente, recuperar el valor de los cuerpos "doblados por el peso de la miseria, la explotación..." (p. 280), de los "cuerpos depotenciados por el efecto del trato humillante" (p. 280), de los cuerpos "autómatas" en los que se han inscripto los dispositivos anatómo y biopolíticos del pasado y los dispositivos del neoliberalismo a escala mundial del presente y de la actualidad. Y me pregunto por la posibilidad de celebrar la vida poniendo a bailar nuestros cuerpos, pero ya no al son del dispositivo del "deber del rendimiento / imperativo de goce" ilimitado propio del neoliberalismo globalizado que nos debilita y enferma², sino al son de la vida en la tierra.

² Laval & Dardot (2011) - en su libro *La nueva razón de mundo-*, señalan que el neoliberalismo globalizado produce un "neosujeto", llamado a ser un "empresario de sí". Éste se mueve en un mundo incierto, riesgoso y de competición generalizada, aspira al éxito, se halla compelido por el deber del rendimiento y el imperativo del goce a ir cada vez por más en todos los dominios (escolar, profesional, relacional, sexual), desafiando así todo límite humano vital. Ya desde la infancia, empiezan a regir las exigencias de ejercer sobre sí técnicas de "management del alma" y de marketing. Todo se convierte en empresa: el trabajo, pero también el consumo, sin olvidar el ocio..." (p. 341). Ahora bien, "Este dispositivo de conjunto produce efectos patológicos de los que nadie escapa por completo" (p. 366).

Se trata, en definitiva de asumir la lección nietzscheana más exigente: Dios ha muerto, y hay que tender el puente hacia el supra-hombre. Ello requerirá el refinamiento y uso de un sentido histórico “sano”, una no disociación entre memoria y olvido, una justa alternancia entre lo histórico y lo a-histórico, una necesaria y mutua complementariedad entre historia monumental, historia anticuaria e historia crítica, desde una mirada suprahistórica que nos permita apreciar el eterno retorno, todo ello al servicio de la vida.

Nunca se insistirá suficientemente en la vigencia de Nietzsche, filósofo intempestivo, para nuestra época, todavía la época del último hombre... En la estela nietzscheana, se han realizado diversos diagnósticos de esta época: la época de la era de la técnica (Heidegger); la época que es la “nuestra” y que exige emprender una crítica de la racionalidad occidental (realizada de diversos modos por la Escuela de Frankfurt, por la ontología histórica y por la épistémologie historique/historical epistemology y especialmente entre nosotros, por la teoría y crítica del pensamiento latinoamericano), entre otros diagnósticos. También en la estela de Nietzsche, este diagnóstico crítico implica asimismo despejar un lugar para la creación de libertad; en tal sentido, como lo señalara Foucault, la filosofía es ensayo, ascesis, para pensar y hacer de otro modo, a favor de un tiempo futuro. Como lo señalara Roig, la filosofía es saber auroral, denuncia del presente y anuncio de un futuro.

Leticia, por su parte, en este bello libro, nos brinda claras pistas acerca de cómo filosofar hoy, pensando nuestra actualidad a partir de las enseñanzas de Nietzsche. Tras desplazar la perspectiva platónico-cristiano-hegeliana y cualquiera de sus versiones contemporáneas, tras una profunda crítica al valor de todos los valores heredados .particularmente el valor de verdad- , hay que intentar un filosofar “anclado la vida”, vivencial e histórico, abierto a un diálogo crítico con las ciencias y con las artes, un filosofar en el que se quiebren “dualismos y falsas dicotomías”, un filosofar de topo y también de pájaro, a partir de algunos postulados básicos: “escuchar al cuerpo en sus necesidades, goces y penurias”, “devolver el sentido a la tierra”, “reconciliarnos con la naturaleza”, mirar y apreciar “a la humanidad en cada sujeto singular”, desde nuestras propias experiencias acontecidas.

Precisamente, en la conclusión, se revela el deseo singular que estaba sosteniendo este recorrido desde el inicio: si Leticia ha abordado la filosofía de Nietzsche desde el cuerpo como hilo conductor, es porque su deseo era –y sigue siendo- el de “pensar sobre el problema humano desde el punto material y terrenal en el que vivimos, sentimos, gozamos y sufrimos nosotros, los latinoamericanos” (p. 411).

Esto nos ha llevado a dialogar con Leticia en torno a algo que pensamos urge problematizar ante tanta pulsión de muerte, algo que resulta imprescindible para vivir y filosofar en nuestra grave

actualidad, y que llamo “la alegría lúcida”.

Finalmente, si alguien se pregunta si este texto puede ser leído como una introducción a Nietzsche, responderé convencida y entusiastamente que sí, y ello en un doble sentido, porque es una esclarecedora y rica introducción a la filosofía de Nietzsche, pero también y fundamentalmente, porque es una fecunda introducción en un modo de filosofar: el filosofar nietzscheano, que modifica tanto a la práctica de la filosofía, como a quienes la practican.

Siempre a favor de la autosuperación de la vida, esta apuesta tiene dos pilares para “tender el puente” y “montar el andarivel del porvenir”: placer y coraje.

Marcela Becerra Batán (UNSL)